

CAPÍTULO XV

PREPARATIVOS PARA LA GRAN FIESTA DEL JÍCULI—CÓMO LA CELEBRAN
LOS HUICHOLES—LOS HÉROES DIOS—LA DANZA—TOSTANDO
MAÍZ—PROSIGO MI VIAJE—MOJONERAS—EL PUEBLO HUICHOL
MÁS MERIDIONAL.

LOS preparativos anexos á la gran fiesta del jículi parecían próximos á su fin. Concluída la caza de venados, se había cumplido con la segunda necesidad, á saber: la limpia de los campos del templo para la próxima siembra de junio. Debían ejecutar estafaena los peyoteros á quienes había yo visto durante varios días salir por la mañana y regresar por la tarde. Venida la estación, los auxiliares del templo atienden al cultivo del suelo.

Á tal grado depende la agricultura de la cacería de venados y la recolección de jículis, que cada rancho particular está sujeto á la misma ley que las tierras del templo. Tan estrecha asociación ven los huicholes entre el maíz, el venado y el peyote que suponen que igual efecto se produce tomando jículi que caldo de venado: es decir, el maíz se da bien. Por lo mismo, cuando se ocupan en limpiar los campos, comen jículi antes de emprender el trabajo del día. Cada quien elige terreno en donde le place y lo utiliza durante cinco años, agregando anualmente un nuevo campo, de suerte que son cinco los que cultiva al último.

De un hermoso árbol viejo plantado frente al templo de Ratontita colgaban grandes tasajos de carne de venado, y gruesos rollos de peyotes frescos. Todo parecía listo para la fiesta, cuando inesperadamente descubrí que



Preparativos para la fiesta del jículi en Ratontita.

primero se celebraría la de Rancho Hediondo, á distancia de tres millas. Hacía dos ó tres años que la población de esa localidad había reñido con la de Ratontita, y separado su culto. Estaban arreglando un templo propio y aun habían hecho por su lado la peregrinación del jículi. Cuando me dijeron que las mujeres tenían puesto á cocer el maíz para el tescüino (que se hace siempre por la mañana á fin de que esté listo para en la noche), comprendí que la fiesta iba á comenzar al otro día, y sin demora me trasladé al rancho.

Aun no habían construído el nuevo templo, en cuyo lugar se había formado un corral de maleza, dentro del cual colocaron todo exactamente como hubiera estado en el templo. Había también el usual patio enfrente, rodeado de adoratorios. Todos parecían nuevos porque acababan de enlucirlos con una tierra blanquizca, común en aquella región. El sitio era encantador y dominaba un hermoso paisaje.

Al punto como llegué, poco después de ponerse el sol, un día bastante frío de fines de enero, volvían los peyoteros y sus mujeres del primer baño que tomaban desde su salida para la tierra del jículi, cuatro meses antes. Tenían todavía mojado el cabello y llevaban ropa muy limpia, lavada la víspera.

Las ceremonias comenzaron al oscurecer. Los hombres llevaban colgados al hombro sus costalillos de tamales que, después de las debidas vueltas ceremoniales al rededor del fuego, colocaron en una frazada frente al altar, formado con una estera sobre cuatro horquetas. Distribuyeron los tamales entre los presentes, y en seguida, cada quien, incluso los niños, bebieron un poco de agua de la tierra del peyote.

Mi amigo de Ocota me dijo desdeñosamente que no estaban haciendo las cosas como era debido. "Antes que nada, era necesario darle tamales al Fuego," exclamó; "éste no es más que un rancho!" Con todo, posterior-

mente supe que el día anterior habían cumplido con la ceremonia de la "alimentación del fuego." Las costumbres, como es natural, varían un poco en los diferentes distritos, y aun en un mismo templo puede haber cambios en los ritos conforme á las órdenes del sacerdote.

Todas las danzas del jículi se bailan al aire libre en el patio. Allí se hicieron todos los preparativos, de los cuales el más importante consistía en moler el jículi, operación á que atendieron concienzudamente dos mujeres, mientras en el extremo sur estaban hirviendo no menos de veinte grandes ollas de tesgüino.

Encendieron dos fuegos, uno dentro del corral y el otro junto al límite oriental del patio, donde el sacerdote estaba cantando, á efecto de alumbrar á los que bailaban, ó en concepto de los indios, para protegerlos. La tercera luminaria se puso en el extremo norte del patio para que el común de la gente viera la fiesta. Todos los fuegos se encendieron de la siguiente manera: Aparecía en escena una procesión de cinco hombres, provistos cada uno con una brazada de leña. Encabezábalos un sacerdote llevando sobre las palmas de las manos un pedazo de leña verde apenas de media yarda de grande: era la almohada (*molitali*) del Abuelo Fuego, y había que llevarla con el mismo cuidado que á un niño. Al llegar al hogar del templo, la levantó hacia cinco de los regiones del mundo, y la ofreció á la sexta poniéndola en el suelo. Sus compañeros colocaron encima la leña, tendiéndola con las puntas de oriente á poniente. Los demás fuegos fueron hechos de la misma manera y con prontitud.

El sacerdote y los peyoteros se introdujeron en el interior del adoratorio del Sol, donde se pusieron en voz alta á dar cuenta de sus actos y del largo viaje emprendido en cumplimiento con la antigua costumbre impuesta por los dioses mismos. En recompensa pedían larga vida y que nada malo les sobreviniera esa noche.

Entretanto, fueron colocados en la parte noroeste del patio dos copartícipes importantes de la fiesta: la ardilla gris, sentada en cuclillas, y el zorrillo rayado, ambos bien rellenos de paja, sostenidos con firmes estacas. Dichos animales tienen un papel principal en el culto. Se supone que la ardilla, que ve mejor que la mayoría de la gente y preserva contra el mal, guía á los peyoteros en su senda. Estaba vestida de un modo curioso; parte del cuerpo envuelta con un pedazo de periódico viejo, manchado por la humedad, y sujeto, lo mismo que la cola, por medio de un cordón; tenía plumas debajo de éste, y supendidas al cuello dos brillantes alas de escarabajo color verde oscuro y dos pajaritos de barro pintado, de procedencia mexicana. Pero el adorno más extraño era un pequeño crucifijo de metal, colgado asimismo del cuello sobre el estómago. Encendióse un fuego al frente de los animales y les pusieron sendos jarros al lado, uno con tesgüino y el otro con agua de la tierra del jículi, de la que la gente acababa de tomar. La vasija todavía tenía agua como hasta la mitad, y el palo con que el sacerdote había hecho la ofrenda del líquido á las seis regiones del mundo, estuvo en la olla hasta el fin de la fiesta.



La ardilla de la fiesta.

Era cerca de media noche y los jiculeros continuaban orando dentro del adoratorio; nadie sabía cuando comenzaría la danza; pero como siempre dura veinticuatro horas, tuve tiempo para despertar la mañana siguiente con la certidumbre de encontrarlos bailando. Nunca había visto á los huicholes tan profusamente adornados como aquella ocasión.

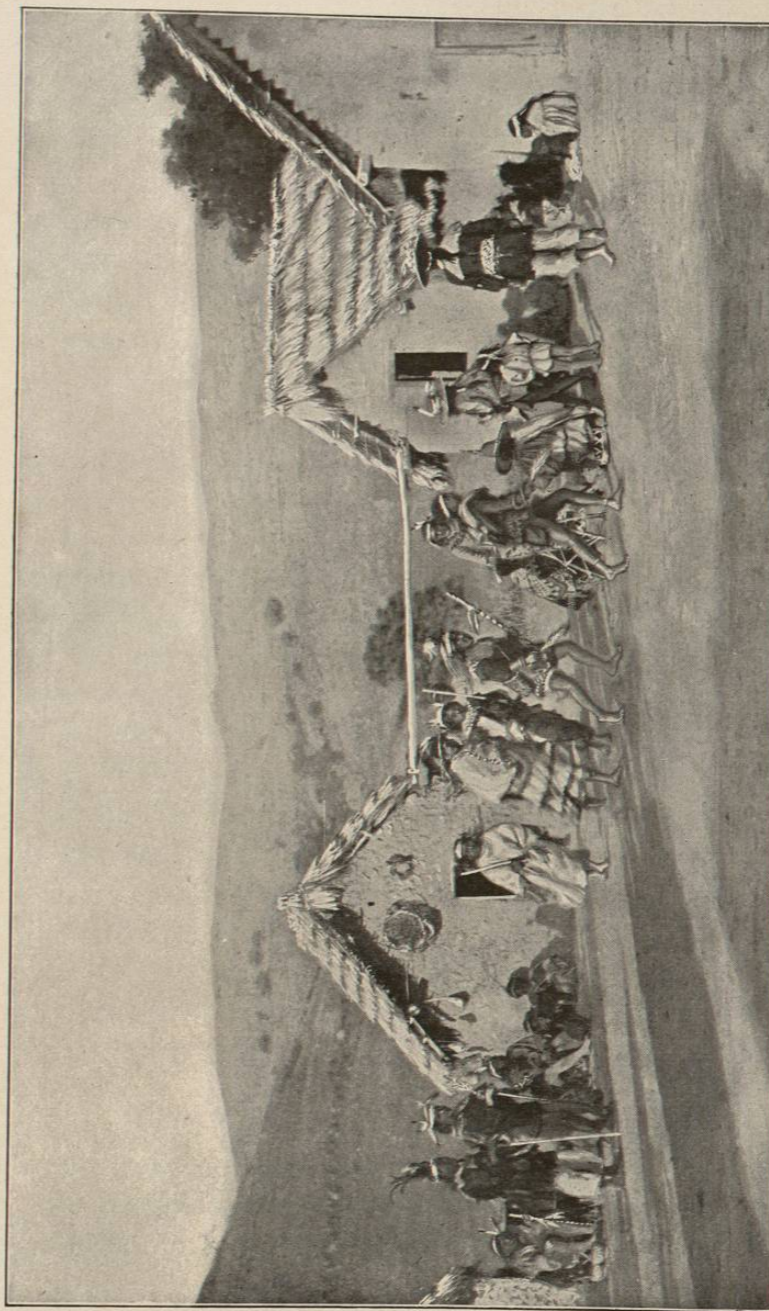
Llevaban, por supuesto, los hombres su costum-

brado arreo de talegas; pero en esa vez, tanto ellos como las mujeres ostentaban faustuosa profusión de plumas: los hombres las llevaban ceñidas á la cabeza con cintas, ó bien, algunos de ellos, tenían sombreros liberalmente cubiertos con plumas de guacamayo y gavilán, en tanto que las mujeres andaban con sargas de ellas á la espalda, amarillas y rojas.

El sacerdote estaba sentado frente al fuego, de cara al oriente y dando la espalda al patio de baile. De cada lado tenía un ayudante, quienes de cuando en cuando se turnaban con él para cantar. No usan tambora en esa fiesta, sino que se canta sin acompañamiento. Á los pies de los cantantes había un jarro con licor de jículi y el usual complemento de flechas, plumas, tamales, etc.

Hombres y mujeres tomaban parte en la danza que consiste en andar prestamente dando brinquitos é imprimiendo al cuerpo frecuentes meneos, sin diferir sino muy poco de la danza tarahumar del jículi. Bailan al contrario del aparente movimiento del sol, describiendo en torno de los cantores y de la luminaria círculos que pronto se convierten en elipses por la tendencia de los indios á acercarse á los zurrones de los animales sagrados. Lo más de la danza se efectúa á la espalda de los sacerdotes. No hay lugar especial asignado á las mujeres.

Es característico de la danza que hombres y mujeres lleven apoyados al hombro bastones de otate labrados, que representan serpientes; los hombres empuñan además palos cortos, enfundados con colas de venado, con que hacen continuas piruetas alanceando el aire en todas direcciones. Tales movimientos recuerdan al animal mismo, porque cuando corren los venados levantan la cola, que sirve de mira al cazador. Fué en forma de gigantesco ciervo como se presentó el primer jículi á los antepasados de los huicholes, y en las huellas que dejaba fueron naciendo pequeños peyotes. Los que bailan se cuelgan del ceñidor escobetas



La danza del jículi cerca de Ratontita.

nuevas, de las que para peinarse fabrican con material que llevan anualmente de la tierra del jículi.

La danza no es continua. Se interrumpe de cuando en cuando, y los puntos en que se comienza y acaba están siempre á la derecha de los sacerdotes. Dos hombres y sus mujeres la dirigen, mejor vestidos que los demás y dando vueltas y vueltas durante la danza. Este fue el baile huichol más interesante que presencié, y no me cansaba de ver los estrámboticos movimientos, no obstante que el viento soplaba con fuerza envolviendo á los danzantes en nubes de polvo y haciendo muy desagradable la estancia. Á veces parecía como que se ahogaba la voz del *shaman* bajo la masa de partículas de tierra que llenaban el aire y cubrían las caras de los tres hombres. Mas ellos permanecían quietos como estatuas, con excepción del cantor que de vez en cuando escupía la tierra que le entraba en la boca, bebía un trago de agua de jículi y proseguía su canto.

Como á medio día se sentaron los indios á pintarse la cara unos á otros con curiosos dibujos amarillos. Es extraño que tan importante operación no se hubiese ejecutado al comenzar la danza.

El tercero y último día de la fiesta era de mucho regocijo, porque al fin terminaba el largo período de abstinencia. Sin consideración al Padre Sol, se consumió todo el tescüino y comenzó á venderse aguardiente nativo. No hay para que decir que todos los presentes se embriagaron y que era imposible hacer nada con ellos. Lo peor de todo es que los "vecinos," que siempre saben cuando se celebran las fiestas, no desperdician la oportunidad. Algunos llegaron de Bolaños con un barril de sotol é hicieron un magnífico negocio. Es lástima que no pueda prohibirse el tráfico de ese licor. Las bebidas estimulantes de los indios no parece que les hagan daño; pero á la hora ó dos de que se presenta algún mexicano vendiendo aguardiente,